



Espiral

ISSN: 1665-0565

espiral@fuentes.csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

Svampa, Maristella

Fragmentación espacial y procesos de integración social hacia arriba: socialización, sociabilidad y ciudadanía

Espiral, vol. XI, núm. 31, septiembre-diciembre, 2004, pp. 55-84

Universidad de Guadalajara

Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13803103>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Fragmentación espacial y procesos de integración social “hacia arriba”. Socialización, sociabilidad y ciudadanía

Este artículo analiza las consecuencias sociológicas que traen aparejadas las nuevas modalidades de ocupación del espacio urbano, expresadas por las urbanizaciones privadas. Estas nuevas formas de habitar, protagonizadas por las clases medias y altas, ponen en acto una dinámica que profundiza la segmentación social interna, que al mismo tiempo amplía las diferencias sociales entre “ganadores” y “perdedores” del nuevo modelo societal. El análisis de estas diferencias es el centro del artículo, basado en un trabajo de investigación realizado en Argentina durante el año 2000. El objetivo es reflexionar sobre cuestiones más generales, a partir del análisis de un caso específico, aunque bastante paradigmático.

Palabras clave: Urbanizaciones privadas, segregación espacial, nuevas clases medias, socialización, ciudadanía patrimonial.

◆ Universidad Nacional de General Sarmiento, investigadora del Conicet.

Introducción

Nadie ignora que en América Latina el pasaje a un nuevo tipo societal ha llevado una fuerte transformación de las pautas de integración y exclusión social, proceso que ha accentuado las desigualdades sociales preexistentes así como el aumento de las dis-

tancias sociales. No es menos evidente que la nueva dinámica societal ha ido configurando una nueva cartografía social que presenta, por un lado, una franja más reducida de “ganadores”, representados por las élites planificadoras, los sectores gerenciales y profesionales, los intermediarios estratégicos, en fin, una heterogénea clase de servicios. Por otro lado, encontramos un vasto y heteróclito conglomerado social de “perdedores”, entre los que se cuentan importantes sectores de la clase media tradicional y de servicios que hoy sufre los efectos de la descalificación social y la precarización laboral, así como también un creciente y nuevo proletariado, confinado a realizar las tareas

menos calificadas que requiere la economía de servicios. En fin, la antigua clase trabajadora aparece debilitada en términos de derechos sociales y cada vez más exigua, al tiempo que existe, en muchas sociedades, un número importante de desocupados, con escasa o nula vinculación con el sistema.

Así, en un contexto de notorio aumento de las desigualdades sociales y frente a la deserción del Estado y el vaciamiento de las instituciones públicas, se fueron desarrollando nuevos mecanismos de regulación, que encontraron expresión en la proliferación de formas privatizadas de la seguridad y de la integración social. Tanto en México como Venezuela y Brasil se consolidaron y multiplicaron los condominios, los fraccionamientos o comunidades cercadas, los barrios cerrados, inspirados en el modelo norteamericano de la vivienda unifamiliar y la seguridad privada. En São Paulo, por ejemplo, se ha registrado una rápida expansión de estos enclaves cerrados, verdaderas fortalezas de lujo en el corazón de una de las ciudades más ricas y grandes del Brasil. En fin, aquí mismo en Guadalajara, ya en 1995 los fraccionamientos cerrados ocupaban 10% del tejido urbano (Cabralles y Zamora: 2001). En Argentina, la expansión vertiginosa de las “urbanizaciones privadas” es uno de los fenómenos más emblemáticos y radicales del proceso de privatización que caracteriza al país desde hace más de diez años. Su difusión incluye una variedad de ofertas inmobiliarias, entre barrios privados, *countries*, chacras, ciudades privadas y condominios; más de 430 desarrollos inmobiliarios para la Región Metropolitana de Buenos Aires, aunque también se encuentran en grandes ciudades del interior (Córdoba, Mendoza, Rosario) y otras de tamaño mediano.

Gran parte de los análisis existentes coinciden en afirmar que el proceso actual de suburbanización y segregación espacial encuentra sus protagonistas centrales no sólo en

las clases altas y medias-altas, sino también en los sectores medios en ascenso. Me refiero especialmente a aquellos sectores que han encontrado un buen acoplamiento —aunque sea temporal— con las reglas del capitalismo flexible: nuevas ocupaciones, sobre todo en los servicios al consumo y en las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información: especialistas en *marketing*, creadores de nuevas categorías de consumo y estilos de vida, especialistas en informática, creadores de sitios de Internet, comunicadores, entre otros, a lo que hay que agregar toda una serie de servicios cada vez más personalizados, ligados al desarrollo de las “industrias de la subjetividad”. En otras palabras, estos nuevos “ganadores” son más productores de “signos” que de mercancías, en el sentido tradicional del término.

Por otro lado, nadie ignora que este nuevo patrón socio-espacial participa de la expansión de un modelo de crecimiento mundial basado en la globalización de las actividades económicas. En este nivel del análisis, tanto los estudios de Sassen (*la ciudad global*), como los de Castells (*la ciudad informacional*), o aun los de Marcuse (*la ciudad cuarteada —quartered city*), nos proporcionan algunas de las claves explicativas que dan cuenta de la emergencia de una nueva morfología urbana, asociada al nuevo tipo societal. Por encima de las diferencias, para estos autores, la consolidación de la “ciudad posfordista” conlleva enormes implicancias socio-espaciales, entre ellas una fuerte concentración de inversiones de capital en espacios considerados estratégicos y la distorsión del mercado inmobiliario, así como refuerza la segregación interna y los procesos de dualización espacial.

Entonces, y para comenzar, podemos decir que las urbanizaciones privadas ilustran nuevas modalidades de ocupación del espacio urbano; se corresponden con una lógica global, presente en grado diverso en distintas sociedades; encuentra sus protagonistas centrales en las clases medias y

altas, expresan la cristalización de un estilo de vida ligado, en mucho, a la mercantilización de valores pos-materialistas, por último, pone en acto una dinámica que profundiza los procesos de segmentación social interna, al tiempo que potencian y amplifican las distancias sociales entre “ganadores” y “perdedores” del nuevo tipo societal.

Antes que nada, quiero aclarar dos cuestiones: en primer lugar, que el trabajo de investigación que está en la base de este planteamiento buscó evitar cualquier posición reduccionista, esquivando tanto los embates apriorísticos de una concepción normativa, que se acuartela en la defensa de modelos de integración más igualitarios que, en muchos casos, han entrado en colapso, así como deja de lado toda defensa cínica o realista de los nuevos modelos, en nombre del pragmatismo reinante o de irresistibles consecuencias de origen sistémico. Esto no significa de ninguna manera colocarse en actitud de neutralidad valorativa. Más bien, mi propuesta de análisis se planteó como premisa básica el ingreso a estos nuevos “laboratorios sociales”, con el objeto de realizar un estudio de las consecuencias sociológicas de estas nuevas formas de habitar; análisis que tuvo por objetivo no sólo iluminar sus dimensiones más micro-sociales sino vincular éstas con aquellas de índole más macro-social y política.

Al mismo tiempo, y en segundo lugar, quiero dejar en claro que mi posición se nutre del análisis del caso argentino, que quedó plasmado en el libro *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados* (2001). Y aclaro que el tema llamó nuestra atención, como la de tantos otros investigadores que no provenimos de urbanismo o de la sociología urbana, a raíz de que la expansión acelerada de los *countries* y los barrios privados terminó por constituirse en uno de los fenómenos más característicos del proceso de privatización que se llevó a cabo en la sociedad argentina.

Mi investigación se propuso analizar las diferentes dimensiones de ese fenómeno de privatización.

Otro fenómeno que llamó nuestra atención es que el proceso de suburbanización se llevó a cabo sobre una trama urbana ocupada tradicionalmente por los sectores populares, lo cual acentuaba hiperbólicamente los contrastes sociales. Así, la incrustación de nichos de riqueza junto a extendidos bolsones de pobreza tiende a aumentar la visibilidad de las distancias sociales. Quienes hayan estado en Argentina por última vez hace poco más de una década seguramente no dejarán de sorprenderse ante ciertas transformaciones socio-espaciales. Ciento que en algunos lugares, sobre todo junto a los grandes corredores viales, como en Pilar, en el norte de la región metropolitana de Buenos Aires, verán que las redes amplían cada vez más su tamaño, sus conexiones y su influencia sobre el entorno, creando una suerte de línea de continuidad de la riqueza. Sin embargo, también nos encontramos con que los *countries* y los barrios privados aparecen acantonados, constituyendo verdaderas fortalezas amuralladas, muchas de ellas literalmente cercadas por barrios empobrecidos y villas miserias.

En fin, si bien el propósito es el de presentar las conclusiones de un trabajo de investigación que tiene en la base un estudio empírico que reúne casi cien entrevistas realizadas a residentes de *countries* y barrios privados durante el año 2000, también quisiera poner de relieve algunas cuestiones más generales a las que me llevó a reflexionar el análisis de un caso específico y, por cierto, bastante paradigmático, como el de la Argentina. Por ende, mi objetivo es instalarme en ese difícil espacio de articulación —y de tensión también— que va y viene de las cuestiones de orden más general al análisis de un caso en particular.

De manera más general, mi intención es dar cuenta de cómo el proceso de privatización se expresa en la emergencia de formas de regulación que van marcando nuevas y rotun-

das diferenciaciones entre los “ganadores” y los “perdedores” del modelo neoliberal. Más aún, mi interés mayor consiste en mostrar a través de ello todo un conjunto de tensiones nodales que involucran cuestiones mayores de la sociología: a saber, el cambio en los modelos de socialización, la transformación de los espacios de sociabilidad y la consolidación y efectos que generan ciertas formas de ciudadanía. En fin, con esto quiero decir que el tema que nos convoca refleja nada más ni nada menos que considerables transformaciones en el lazo social.

Estilo de vida, socialización y sociabilidad

Voy a comenzar por la trama más sociológica, a saber, con el estilo de vida, el modelo de socialización y las formas de la sociabilidad.

En primer lugar, es necesario reconocer que un tópico que aparece intrínsecamente asociado al estilo de vida que proponen los predios fortificados es la recreación de ciertos aspectos ligados a una sociabilidad barrial, más comunitaria, supuestamente perdida o asociada a épocas no tan pretéritas. En efecto, la revalorización del barrio forma parte del rescate de una sociabilidad basada en el cultivo de las relaciones de vecindad y, por sobre todas las cosas, de la confianza, un valor cada vez más escaso y problemático en las sociedades contemporáneas.

Es interesante, sin embargo, señalar que en el caso argentino se realiza un rescate selectivo del viejo modelo de socialización barrial, pues sólo se retoman ciertos valores (como son los lazos de confianza y la seguridad), así como se descartan otros tópicos, más intrínsecamente asociados con una cultura democrática (por ejemplo, el modelo de la mezcla o la heterogeneidad social).

La seguridad emerge como un valor en sí mismo, desde el cual se puede reconstruir la confianza y volver a recrear

la vida de barrio. En suma, como ningún otro tópico, la valorización del barrio coloca en el centro de la cuestión la degradación de las relaciones sociales, la pérdida de confianza (de capital social, dirían algunos), que en algunos países revela el colapso de los tradicionales modelos de socialización.

En segundo lugar, el estilo de vida de las urbanizaciones privadas coloca en el centro la imagen de la familia nuclear. En efecto, las urbanizaciones privadas son espacios de organización y construcción de un orden familiar, donde la socialización de los hijos, casi siempre en edad escolar, aparece como el eje central de preocupación. Más aún, la seguridad dentro del predio facilita la implementación de un modelo de socialización caracterizado por la “autonomía protegida”, esto es, una libertad garantizada por la seguridad “puertas adentro”. Este modelo presenta ventajas inmediatas, pues favorece el desarrollo de una libertad más precoz, valorada positivamente sobre todo por las madres trabajadoras, obligadas a conciliar la carrera laboral con la responsabilidad de la maternidad. Por otro lado, dentro del espacio protegido de estos nuevos paraísos, los niños disfrutan de grandes márgenes de libertad y expansión lúdica en un contexto de confianza.

Ahora bien, el reconocimiento de las ventajas, tan visibles, tan inmediatas, no puede sustraernos a un análisis más profundo del fenómeno. Si, como es usual afirmar en las ciencias sociales, esta nueva etapa de la condición moderna aparece asociada a la contingencia y la incertidumbre, más aún, si la nueva modernidad se caracteriza por la ambivalencia de los fenómenos sociales, ¿cómo no indagar entonces, además de las oportunidades, sobre los riesgos que conllevan estos nuevos estilos de vida; más aún de sus efectos colaterales a corto y mediano plazo?

Así, en Argentina, el estudio de los riesgos colaterales de este modelo de socialización que denominamos de “auto-

nomía protegida” nos confrontó rápidamente con nuevas situaciones: trastornos de las conductas (como ataques de pánico), accidentes dentro del predio, en el límite, conductas adictivas y actos vandálicos ejercidos en contra de la propiedad. Sin duda, entre todas estas consecuencias indeseadas, al menos en el caso argentino, el vandalismo infantil ha sido uno de los corolarios más notorios, pues es ahí donde convergen perversamente el modelo de socialización y el nuevo estilo de vida. A decir verdad, la problemática no es nueva, pues la existencia de episodios reiterados de vandalismo aparece muy asociada a la historia de los clubes de campo más antiguos, que en Argentina datan de 1930 y se extendieron en los años setenta, cuando las urbanizaciones privadas eran concebidas como residencias secundarias o de fin de semana.

Tan es así que casi no existe uno de ellos que no pueda aportar alguna historia de vidrios rotos, viviendas dañadas y muebles arrojados a la piscina. Inclusive están aquellos que han tenido que afrontar verdaderos problemas de drogadicción. Pero hasta aquí sólo se trataba de adolescentes. Lo novedoso en la actualidad es la precocidad y la virulencia con la cual se vienen manifestando estas conductas en niños que hoy tienen la posibilidad de circular a cualquier hora y sin controles por el espacio protegido. Fue uno de los *countries* más exclusivos del noroeste del Conurbano Bonaerense, el que tuvo el privilegio de inaugurar este nuevo fenómeno, con doce actos vandálicos realizados por niños de entre 9 y 12 años, en casas recién terminadas y a punto de estrenar, todos ellos en un solo mes, durante el año 1999.

Hoy podemos afirmar que los actos de vandalismo infantil, por encima de la virulencia excepcional que registró el caso recién citado, ya forman parte del paisaje natural de muchos *countries*, sobre todo aquellos más elitistas o de mayores dimensiones.

¿Qué respuesta ofrecen los padres ante esta nueva problemática? Se refuerzan los controles sociales y familiares, claro está; por lo general se apela también al apoyo psico-pedagógico con el propósito de “poner límites” a los chicos. No es raro tampoco que se exija a las autoridades del *country* y barrio privado que éstos proporcionen algo más que un hábitat, y asuman *el rol propio de un agente socializador*, a la manera de una micro-ciudad o una escuela. No obstante ello, no son pocos los que minimizan estos actos de vandalismo e intentan ver en ellos episodios aislados. La mayoría hace hincapié en los efectos negativos de una “cultura de la opulencia”, de la ausencia de valores, o bien, se ocupan de cargar las tintas, con lenguaje conservador, sobre los “padres que abandonan a sus hijos” o las “familias desestructuradas” por los divorcios.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva estas explicaciones resultan insuficientes. Creo que ellos expresan la emergencia de riesgos colaterales, intrínsecamente ligados con el modelo de socialización que provee este nuevo estilo de vida. En realidad, lo que hay que señalar es la dinámica recursiva propia de un modelo de socialización, que plantea un problemático desequilibrio, instalándose entre el exceso y el déficit: exceso, pues es el modelo alimenta una explosión de libertad en un entorno hiper-protégido, y hace que se adelanten con ello las etapas; déficit, que se apoya en un modelo que favorece el debilitamiento del control familiar, problematizando aún más la difícil tarea de conciliar la autoridad de los padres con un modelo más democrático de familia. En fin, si tenemos en cuenta que la socialización basada en la autonomía “puertas adentro” es efectivamente cada vez más precoz, y ya no se reduce exclusivamente a los fines de semana, podemos entender el porqué de la aparición del vandalismo infantil, antes confinado a la población adolescente.

El segundo riesgo inherente a este estilo de vida es que promueve una socialización dentro de un ambiente protegido y homogéneo, que los mismos residentes denominan “el modelo de la burbuja”. Son muchos los testimonios que aluden a la “irrealidad” o “artificialidad” del modelo y a sus consecuencias más inmediatas: niños ya crecidos que no saben desenvolverse de manera autónoma, una vez que traspasan las fronteras del *country* o del barrio privado; niños que, de visita en la ciudad “abierta”, se abalanzan sobre las calles con una ingenuidad y una confianza casi provinciana; niños que rehuyen el contacto con el mundo exterior, un mundo que vislumbran superpoblado, estriidente y agresivo, y buscan pasar la mayor parte del tiempo en espacios protegidos; en suma, niños que crecen en un espacio homogéneo y restringido, del “entre nos”, con escaso contacto con seres “diferentes”, y lejos de los males contaminantes de la ciudad contemporánea.

La relación que tanto los niños como los adultos mantienen con los espacios abiertos y, de manera más general, con las ciudades, merece ser subrayada, pues plantea de manera ejemplar la cuestión de cómo debemos leer el impacto que los nuevos procesos sociales han tenido sobre la gestión de la *distancia social*. En este sentido, creo que es útil retomar la lectura que un pensador tan inclasificable como Simmel realizó del tema de la distancia, no sólo como forma de mediación sino como elemento primario de toda forma de socialización, sobre todo en las grandes ciudades. Simmel (1986) fue uno de los primeros en señalar que tanto la pérdida de una sociabilidad comunitaria como la mercantilización de las relaciones sociales son procesos directamente relacionados con la extensión de la economía monetaria en el marco de las grandes urbes. Ahora bien, el corolario de estos nuevos procesos fue la modificación de la distancia social. En efecto, rotos los equilibrios sociales anteriores, el individuo se vio confrontado a una serie

de situaciones marcadas por una oscilación mucho más incierta, que iba de la cercanía absoluta a la distancia excesiva, lejos del equilibrio o de una síntesis más o menos armoniosa. Como en los tiempos de Simmel, en esta nueva inflexión de época, la modificación de la distancia social vuelve a plantearnos entonces una serie de problemas de confiabilidad o, como dirían otros, de “dilemas interactivos” que, en el límite, se hallan en el origen de ciertas patologías o trastornos psicológicos, que se instalan entre el exceso y el déficit, como la hipersensibilidad y la agorafobia. Es así como hoy vemos que el temor al espacio público, en tanto lugar “no protegido”, cada vez más desregulado encuentra su expresión máxima en la gran ciudad, y va configurando una suerte de agorafobia urbana, patología que como bien advierte Borja (2000: 119), es más una “enfermedad de clase de la que parecen estar exentos aquellos que viven la ciudad como una oportunidad de supervivencia”.

En fin, lo cierto es que, por encima del repudio o del temor que los residentes adultos establezcan en relación a la ciudad abierta, de todas maneras, el “modelo de autonomía protegida puertas adentro” no genera en los niños ningún tipo de destrezas ni defensas de ninguna naturaleza que los ayuden a desenvolverse con un grado de autonomía relativa en espacios heterogéneos, confusos, ruidosos y altamente contaminantes como lo es hoy cualquier gran ciudad.

El tema nos introduce a uno de los aspectos centrales que presenta la sociabilidad al interior de las urbanizaciones privadas: me refiero a la tendencia a la homogeneidad social, rasgo subrayado por toda la literatura sobre el tema.

Sin embargo, aquí, antes que nada, es necesario hacer una doble advertencia. Tengamos en cuenta que la tendencia a la homogeneidad social es considerada por diferentes estudiosos como uno de los rasgos centrales del nuevo tipo societal, que aparecería reflejado en las prácticas y estilos de vida de las clases medias en ascenso y clases medias altas, e

ilustrado de manera paradigmática por las urbanizaciones privadas. De esta manera, algunos consideran que la lógica del proceso lleva a la constitución de verdaderos enclaves fortificados, articulados en redes, que presentan una gran tendencia a la homogeneidad social y generacional —que va de una sociabilidad del “entre nos”, al “urbanismo de las afinidades”, según la terminología de Donzelot (1999), o para otros, a la práctica generalizada de los “apareamientos selectivos” en todos los órdenes (Cohen, 1997).

Ahora bien, una vez hecho este reconocimiento es necesario deslizar una advertencia, pues la tendencia a una sociabilidad homogénea, una sociabilidad del “entre nos”, no debe hacernos ceder a la tentación de pensar, de manera demasiado rápida, que estas nuevas formas de sociabilidad desembocan inevitablemente en la constitución de comunidades totales, en donde las diferentes facetas del individuo encuentran expresión. En fin, el tema señala el reconocimiento de una tensión que requiere que nos detengamos un momento, a fin de establecer posibles diferencias entre las formas de sociabilidad más comunitaria que desarrollan las clases altas y las nuevas formas de sociabilidad que presentan las urbanizaciones privadas.

En esta dirección, creo que los estudios que Monique y Michel Pinçon realizaron en clave bourdesiana sobre la sociabilidad de las clases altas en Francia son francamente iluminadores, pues nos muestran cómo, por debajo del discurso individualista de la libre competencia, existe en las clases altas un fuerte “colectivismo práctico” que se despliega a través de determinadas formas de sociabilidad y del control de mecanismos de socialización, que va desde los deportes “exclusivos” practicados colectivamente, los lugares “de encierro”, como las urbanizaciones privadas, que les permiten practicar el ostracismo social, así como de ciertas instituciones, tales como las escuelas de “élite”; a lo que se añade la gestión del mercado matrimonial a través

del encuentro concertado de los hijos, desde una edad temprana, en fiestas y recepciones (2000: 102-104). El corolario inevitable de este estilo de vida es una sociabilidad intensa, de carácter más mundano, que es, a la vez, una sociabilidad más comunitaria, caracterizada fundamentalmente por la contigüidad de los círculos sociales, de los cuales el *country*, por ejemplo, es uno de ellos.

En nuestro análisis del caso argentino, pudimos observar que el nuevo estilo de vida participa menos de una experiencia cerrada, propia de un modelo estrictamente comunitario, ligado a la exclusividad de los pequeños círculos, que de las nuevas oportunidades y vínculos que aporta la homogeneidad ampliada de la incipiente red socio-espacial, que incluye a los sectores medios en ascenso y las clases altas y medias consolidadas.

Por otro lado, al igual que en más países, en Argentina el fenómeno de las urbanizaciones privadas incluyó, hasta no hace mucho tiempo, a importantes sectores de clase media más ajustada, con escaso capital económico, pero con acceso al crédito. Así, la segmentación del mercado trajo como consecuencia la expansión de distintos tipos de urbanizaciones privadas. Y con ello comenzaron a proliferar también las estrategias de distinción, marcando diferentes posiciones al interior de un espacio social jerarquizado. Claro que, en definitiva, aunque no se trate verdaderamente de “iguales”, los contactos se realizan entre “semejantes” (“gente como uno”), que por esa misma razón devienen “confiables”, pese a la diferenciación interna.

Por último, hay que tener en cuenta que las nuevas generaciones que lideran el proceso de segregación espacial (sobre todo los matrimonios en los cuales ambos cónyuges trabajan), se interesan parcialmente en el estilo de vida comunitario que proponen las clases altas, sobre todo en ciertos *countries* exclusivos y, de manera mucho más acotada, algunos barrios privados. Esto se explica no sólo

por una cuestión de recursos económicos sino también por una real escasez de tiempo, a raíz de la centralidad que adquieren en una etapa temprana del ciclo los compromisos familiares y laborales. Así, pudimos dar cuenta de que la voluntad de “encierro” se combina todavía con la aspiración de multiplicar las afiliaciones parciales, buscando mantener un equilibrio, a veces inestable, no siempre planificado, entre la vida “adentro” y “afuera”, entre las antiguas amistades y grupos y los nuevos círculos sociales.

El caso es que estamos ante otras formas de sociabilidad cuya indudable afinidad con aquella de las clases altas no puede diluir sus rasgos novedosos. Estamos ante una sociabilidad elegida que se desarrolla en un amplio espacio común, el cual se establece por encima de toda segmentación interna, vinculando a los “semejantes”. Es en estos términos que hablamos de una integración “hacia arriba”, proceso que nos habla de la emergencia de un espacio común de sociabilidad que tiene como marco natural la red socio-espacial en la cual se encuentran barrios privados, *countries* y los diferentes servicios (*shoppings*, multicines, discotecas) y, por sobre todo, los colegios privados. De esta manera, la red misma se constituye en el foco de pregnancia que va estructurando y homogeneizando los diferentes círculos sociales.

Lo significativo para el caso argentino es que, para muchos individuos de reciente ascensión, recientemente separados del fragmentado colectivo de las clases medias, las ventajas de la sociabilidad elegida en un contexto de homogeneidad todavía tienen el sabor de la novedad: emergen como un descubrimiento, una suerte de primera experiencia. Después de todo, estos actores se saben pioneros de un nuevo estilo de vida; pero por ello mismo son *todavía* conscientes de la historia que dejaron atrás, hecho que aparece más marcado en aquellos que viven las bondades de un reciente ascenso social.

Para sus hijos, en cambio, la cuestión es diferente, pues no existe un pasado diferente ni novedad que saborear. Así, los beneficios que proporcionan el *country* y el barrio privado tienden a ser rápidamente naturalizados, y la experiencia resultante termina por configurar vastas partes del universo cotidiano que se continúa y refuerza a través de la escuela (privada) que se halla en el entorno, dentro de la red, y a través de los deportes (generalmente ligados a la escuela o, en su defecto, al club de campo). Compromete, por ende, la totalidad de los círculos de sociabilidad existentes.

He planteado uno de los aspectos específicos que la integración “hacia arriba” supone para el caso argentino: se trata de un proceso que, por el momento, nos habla menos de la articulación real que pueda operarse entre los distintos sectores “ganadores” de la sociedad, que de la adopción efectiva de un único modelo de socialización en el cual la heterogeneidad social se ve cuestionada y la sociabilidad del “entre nos” aparece naturalizada, al interior de una red socio-espacial amplia y común.

Ahora bien, dicho esto, nos preguntamos si esto es válido para pensar los aspectos novedosos que las urbanizaciones privadas puedan generar en otros países latinoamericanos, tanto en términos de sociabilidad como de modelos de socialización. En este sentido, me parece legítimo indagar acerca del alcance de la novedad, sobre todo en aquellos países en donde las distancias sociales aparecen como un hecho indiscutible, fundacional tal vez, de larga data seguramente, pero sobre todo, a tal punto naturalizada, que podríamos afirmar que ésta bien forma parte del *habitus* nacional.

Para ilustrar este tópico, permítanme referirles una anécdota personal que cuento en el libro *Los que ganaron*. Hace más de un año, en el marco de un viaje académico, un colega mexicano que acababan de presentarme me preguntó qué tema estaba investigando. Yo respondí que estaba estudiando el *boom* que tenían en mi país las lla-

madas urbanizaciones privadas. El colega mexicano me miró con cierto desconcierto y luego de unos instantes me contó que él vivía en un “condominio”, es decir, en un barrio privado de México, DF. De inmediato, yo respondí que en Argentina un(a) sociólogo(a) difícilmente podría vivir en un barrio privado, mucho más por razones de índole simbólica (o ideológica, si se quiere), que por motivos estrictamente económicos.

El desconcierto inicial y la incomodidad que le siguió hicieron que rápidamente la conversación girara sobre otros temas: la marcha del subcomandante Marcos sobre la ciudad de México, el cuadro general de crisis que presentaba la Argentina, antes de su estallido final, etcétera.

Este intercambio truncó entre dos colegas latinoamericanos acerca del tema que nos ocupa nos puede ser útil para ilustrar dos cuestiones, una de orden más general y la otra específica: la primera, que no todos los países conciben las fronteras sociales de igual manera; la segunda, que la “especificidad argentina” —o más bien, rioplatense, pues incluye a Uruguay—, dentro del contexto latinoamericano se juega (se jugaba, en rigor), de manera indudable, en este terreno. Con esto quiero decir que el estilo de vida del colega mexicano reflejaba, sin duda, la “interiorización” de la distancia social, en términos de fractura o brecha —insalvable y de larga data—, que existe entre las diferentes clases sociales de su país. Y aclaro que estaba frente a un sociólogo progresista, por si queda alguna duda. La noción de brecha o fractura social conlleva la afirmación de que existe un escaso (sino es que nulo) contacto interclase, lo que —desde el punto de vista social— se expresa tanto a través de modelos de socialización homogéneos (intraclase), así como de un estilo de vida residencial más marcado por la segregación socio-espacial.

Es por ello que toda presentación del “caso argentino” en el exterior debía comenzar siempre por una salvedad. Si

bien yo podía encontrar similitudes entre los análisis que otros hicieron para el caso de una ciudad como Sao Paulo y el de Buenos Aires, debía hacer una salvedad para establecer una cierta “especificidad”. En otros términos, tenía que insistir una y otra vez tanto en lo novedoso como en la verdadera significación del actual proceso de segregación espacial en Argentina, cuyo carácter más hiperbólico que incipiente ponía en evidencia tanto el ensanchamiento de las distancias sociales como el incremento de las desigualdades; todo lo cual podía leerse a través del colapso de un modelo de socialización relativamente mixto así como del fin de un estilo de vida residencial relativamente heterogéneo. Más simple, debía hacer hincapié en *la ruptura* que implicaba la experiencia que analizaba respecto del modelo anterior de relaciones sociales, el cual se correspondía, aun con todas sus imperfecciones, con una lógica social a todas luces más igualitaria que la actual. En suma, con esto quiero decir que en Argentina la expansión de las urbanizaciones privadas (barrios cerrados y *countries*) señala una inflexión mayor, pues pone al descubierto las consecuencias de la desarticulación de las formas de sociabilidad y los modelos de socialización que estaban en la base de una cultura más o menos igualitaria.

Pero además señala la consolidación de una matriz de relaciones sociales más jerárquica y rígida, pues lo propio de las urbanizaciones privadas es que asuman una configuración que afirma, de entrada, la segmentación social (a partir de un acceso diferencial y restringido), reforzada luego por los efectos multiplicadores de la espacialización de las relaciones sociales.

Ahora bien, si bien es cierto que, por un lado, para el caso de otros países latinoamericanos habría que repensar el diagnóstico presentado aquí, pues el tipo de lazo social preexistente da cuenta de una importante distancia social interclases, por el otro, no es menos cierto que la nueva

matriz societal impuso una dinámica de ganadores y perdedores, reforzando las desigualdades sociales, la crisis del Estado, la desindustrialización y el aumento de la inseguridad urbana. La segmentación interna es el producto de este proceso, reflejada en las innumerables brechas que al interior de las clases medias y de los sectores populares se han abierto, tanto en términos de trabajo, consumo, estilos residenciales, como de modelos de socialización. En otros términos, aun en aquellos países donde la fractura social constituye una marca de origen, hemos asistido a una fuerte desestructuración de las formas de vida colectiva que durante décadas marcaron el ritmo de las relaciones sociales. No es extraño, por ende que, como resultado de la (de) reestructuración de las relaciones sociales la distancia social vuelva a convertirse en un problema crucial, esto es, que estos procesos planteen a ciertos sectores de la sociedad la necesidad de repensar la cuestión de los límites, de las fronteras sociales, de los vínculos con el otro.

¿Hacia una configuración psicológica binaria?

La problemática de la distancia social puede ser ilustrada desde otra perspectiva, a través del análisis del tipo de configuración psicológica que la segregación espacial va fijando y consolidando. Para desarrollar este tema, mi análisis retoma el enfoque procesual de Elias (1987: 55-56), quien sostiene la correspondencia o articulación recíproca entre las estructuras emotivas y cognitivas, por un lado, y las estructuras sociales, por el otro. Esto supone afirmar que los procesos de cambios afectan y atraviesan, simultáneamente, ambos niveles. O para decirlo en otros términos, que cuando cambian las formas de convivencia humana y la estructura de los grupos, cambian también la configuración y la forma de las funciones psíquicas del ser humano particular (Elias, 1987: 55-65).

De manera más general, lo que buscamos decir con esto es que la vida en las urbanizaciones privadas tiene como correlato el desarrollo de un conjunto de representaciones y de prácticas sociales alrededor de las figuras del “otro” que van cristalizando una determinada configuración psicológica. Así, el nuevo estilo de vida implica la puesta en acto de fronteras físicas y rígidas que establecen una clara separación entre el “adentro” y el “afuera”: esto significa que, por un lado, existen zonas altamente reguladas (el espacio cerrado y protegido); y por el otro, existen zonas desreguladas (el espacio abierto, desprotegido).

Esta división trae aparejada la interiorización de un código binario que, alentada por el contraste social, reorganiza la vida cotidiana y la relación con los otros, en un registro inequívoco que diferencia el “nosotros” de los “otros”; los “iguales” de los “diferentes”. Más aún, este proceso va generando una configuración psicológica binaria que tiende a borrar los matices: así, “Puertas adentro”, se desarrolla un ámbito “pacificado”, en el cual las regulaciones son claras (aunque en muchos casos resulten excesivas) y los códigos de comportamiento, previsibles. En cambio, “puertas afuera”, sobrevuela la amenaza difusa, el otro pierde espesor y medida, se torna inasible y desconocido, en un contexto en el cual lo extraño se aúna con la incertidumbre y la imprevisibilidad.

El temor se exacerba y se cristaliza en aquellas zonas oscuras (puentes, accesos) donde se potencian los riesgos, zonas que emergen peligrosamente como una “tierra de nadie”, a la manera de aquellos peligrosos cruces de la Edad Media, donde solían aguardar los temibles salteadores de caminos y uno sabía que podía perder la vida, en un último fulgor, un golpe súbito y siempre incontrolable.

Por último, hay que decir que si esta suerte de configuración psicológica binaria aparece como un correlato de la segregación espacial, esto no significa afirmar que estamos

frente a la emergencia de una estructura fija y permanente, en términos de psique individual y social. En realidad, una y otra deben ser leídas como tendencias que adquieren su real sentido en un marco propiamente procesual e histórico. Más aún, el propio Elias se ha encargado de señalar que la particularidad de la psique humana es su especial flexibilidad o plasticidad, su capacidad de adaptación y cambio, en fin, su natural dependencia de un modelado social (ídem: 54).

El otro aspecto que queremos señalar está íntimamente relacionado con el anterior. Nos referimos a la “categorización de la diferencia”, como le ha llamado, entre otros, Améndola (2000), esto se debe al hecho de que los seres “diferentes” no aparecen captados como personas sino, sobre todo, como categorías sociales. En efecto, la ventaja respecto del mundo “de afuera” es su radical transparencia, pues “adentro” lo diferente no se mezcla; cada persona tiene un lugar preestablecido, según su función social, lo cual está ilustrado de manera paradigmática por el proletariado de servicio que diariamente entra y sale, rigurosamente uniformado, se trate de la mucama, la niñera, el jardinero o el guardia armado.

Esta tendencia no escapa a la mirada crítica de ciertos residentes de urbanizaciones privadas. Por ejemplo, una mujer que reside en un lujoso *country* del noroeste del conurbano bonaerense comentaba que una de sus mayores preocupaciones era que sus hijos se refirieran al “otro” como una clasificación: “Viste que los tratan... o sea terminan hablando de ellos como si fueran una entidad distinta, no un ser humano... No sé, me pasó una vez algo terrible. Mi hija tenía siete años, ocho, y vienen a almorzar a casa tres amiguitas y era ésta... “¿Y si pasa tal cosa qué es? ¿Es hombre, es mujer o es mucama?” Y estaba la empleada al lado y yo las miré y les dije: “No, se equivocaron: si es hombre o es mujer...” No, no, no, (continuaban) “¿es hombre, es mujer o

es mucama?”... Por último es la residente que se pregunta: “¿Por qué? ¿Qué es la mucama? ¿Es un perro, es un objeto, una cosa, es otra clasificación de ser humano?”

En fin, para el caso argentino pudimos advertir que las representaciones y los lazos que se establecen con “el otro” son básicamente de tres tipos: el primero es de índole económica (con el proletariado de servicio: la mucama); luego está también el “otro” como objeto de beneficencia (el “pobre”, al cual se ve poco pero se ayuda de más en más con colectas que se realizan tanto en los *countries* y barrios cerrados como en los colegios privados). Pero la relación con ambos, se trate del proletariado de servicio o del pobre, se desarrolla en contextos regulados y previsibles. Sin embargo, el contraste entre el “adentro” y el “afuera” y la interiorización del código binario engendran un tercer tipo de vínculo con el otro, caracterizado por el temor exacerbado, que remite a la imagen de la “pobreza violenta”, localizada siempre en los barrios precarios y villas del entorno.

Ahora bien, dicho esto, se puede imaginar que en un contexto de alta descomposición social, de aumento de la inseguridad y del desempleo, como presenta la Argentina de hoy, el “otro” pierda espesor, gane en medida y el miedo se esparza, no sólo entre los residentes de urbanizaciones privadas, sino también a sectores amplios de la sociedad. Sin embargo, lo particular en el caso de los *countries* y los barrios privados es que este cuadro social exacerbaba más la configuración psicológica binaria, potenciando el miedo y el sentimiento de vulnerabilidad de los de “adentro”. No sólo el temor crece exponencialmente, sino que la sospecha y la desconfianza se generalizan en la relación con el “otro”, al tiempo que se exige más seguridad, se elaboran y se prueban cinematográficos planes de evacuación y se experimenta más que nunca la amenaza de la pobreza violenta, que “acecha” peligrosamente puertas afuera y seguramente planea saqueos o invasiones...

Más aún, si la nueva dinámica social incorpora a la violencia como un dato de la realidad cotidiana, ésta comienza a interpelar de manera diferente a aquellos que hasta hace poco habían gozado del privilegio de la seguridad. No resulta raro entonces que los sectores más adinerados busquen reforzar aún más su seguridad con sofisticados y caros dispositivos de vigilancia.

Por último, y en un plano más general, me pregunto si no habría que explorar realmente si las dos cuestiones aquí planteadas —categorización de la diferencia y eliminación de los matices— no trascienden el tema que estamos abordando, y no ilustra así uno de los núcleos mayores de la nueva dinámica social, a saber: la tendencia a la fragmentación social, que recorre, aunque en grados diferentes, a muchas sociedades latinoamericanas.

En todo caso, en lo que respecta a la Argentina, desde el punto de vista estructural, podemos afirmar que es un país caracterizado por una tendencia a la fragmentación social creciente. En su interior coexisten numerosas y disímiles sociedades, con diferentes niveles de regulación y recursos muy desiguales. La contracara psicológica de este fenómeno estructural muestra, del lado de los individuos, un temor cada vez más espeso y un sentimiento creciente de vulnerabilidad. Por ello el miedo, pese a las variaciones y matices, es cada vez más democrático, y recorre a gran parte de la sociedad. Pero claro que los recursos de autodefensa y los mecanismos de regulación difieren de un sector a otro, como bien puede percibirlo el residente de un *country*, a diferencia de un habitante de un barrio de clase media declinante o de un asentamiento de cualquier localidad del Conurbano Bonaerense.

Ahora bien, y para volver a la pregunta más general, la novedad de estos procesos de fragmentación, ¿quién podría negar que la idea de que en América Latina coexisten sociedades diferentes, que pertenecen a estadios culturales o

procesos estructurales diversos, no forma parte del sentido común de las ciencias sociales del continente? Más todavía, cualquiera podría inventariar las conceptualizaciones más importantes del pensamiento social latinoamericano (tales como asincronía, dependencia, desarticulación, heterogeneidad estructural o marginalidad, entre otras), para confirmar lo dicho. Y sin embargo, también es cierto que por encima de los múltiples desacuerdos y asimetrías, lo propio de los modelos societales anteriores fue el de limitarlos o tratar de atemperarlos, sin poder o buscar anularlos del todo. Así sucedió sobre todo bajo el modelo nacional-popular o la matriz Estado-céntrica, que caracterizó la larga etapa de sustitución de importaciones. Sin embargo, más allá de las distancias teóricas que hay entre una época y la otra, lo novedoso hoy es que, por encima de las diferencias, los diagnósticos actuales dan cuenta de la afirmación de un tipo societal que refuerza los procesos de fragmentación existente, que multiplica la segmentación social, todo lo cual conduce a una conclusión inversa a las de décadas anteriores.

Sin embargo, creo que en este tema lo mejor será detenerme ahí, pues soy consciente de que vengo de una sociedad que atraviesa un proceso de fuerte descomposición social, luego de haber representado, por mucho, durante décadas la experiencia mas acabada —y una de las más exitosas, en términos de integración social—, del llamado modelo nacional-popular.

Ciudadanía patrimonial y autorregulación

Por último, quisiera hacer algunas referencias a la cuestión de la ciudadanía, tema que deliberadamente busqué dejar para el final, porque creo que me ayudará a dar una vuelta de tuerca a los argumentos que he venido desarrollando hasta aquí.

De manera más general, las urbanizaciones privadas ilustran a cabalidad el cuestionamiento de un modelo de ciudadanía política, apoyado en criterios universalistas y, por ende, con alcances más generales y el pasaje a una ciudadanía patrimonial que está montada, por un lado, sobre la figura del ciudadano contribuyente, y por sobre todas las cosas, sobre la exigencia de autorregulación.

En efecto, la autorregulación es una de las expresiones más contundentes de este fenómeno de privatización compulsiva en los ciudadanos, como producto del retiro y el deterioro del Estado, de la mercantilización de los lazos sociales; más sencillamente, la autorregulación como “mandato” del nuevo orden neoliberal, que beneficia lógicamente a aquellos que cuentan con los recursos necesarios como para llevarla a cabo.

Sin embargo, hay que decir que la fuerte exigencia de regulación no encuentra siempre felices resultados. Así, pese a que una de las ideas-fuerza de estas nuevas formas de habitar es que pretenden aparecer como una suerte de “paraíso”, un espacio protegido y separado de los males de una sociedad desorganizada, en el límite anómica, una micro-sociedad que se organiza según sus propias reglas, con pautas de conducta claras y transparentes, que deben ser respetadas en todas sus dimensiones y por todos los miembros de la comunidad, el hecho es que pocas veces sucede así. Más aún, una de nuestras sorpresas fue encontrarnos con una suerte de doble exacerbación, en donde la reglamentación excesiva alterna con la trasgresión reiterada, sobre todo en los nuevos barrios privados, destinados a las clases medias en ascenso. El caso es que la falta de cumplimiento de las reglas ilustra una nueva inflexión del modelo de ciudadanía privada y nos conduce, en consecuencia, a relativizar el alcance normativo de estas micro-sociedades.

En realidad, dicha cuestión nos regresa también al viejo tópico latinoamericano de la distancia entre el país real y el

país legal. Sin embargo, tengo la sospecha de que no se trata simplemente de que “adentro” se repiten los vicios que ya existen “afuera”; sino que el “colectivismo práctico” de estas nuevas formas de ocupación del espacio termina tarde o temprano por ser desplazado por el “individualismo teórico” que anima a la acción de muchos de aquellos que escogen este estilo de vida. En definitiva, hay que preguntarse si lo que sucede no es precisamente que el “colectivismo práctico”, del que hablan Monique y Michel Pinçon, como rasgo propio de las clases dominantes, no puede ser llevado al extremo por las clases medias, no sólo por una falta de recursos sino por el hecho mismo de que en la base de estas micro-sociedades se halla la idea de la mercantilización de los lazos sociales, lo cual socava toda posibilidad de construir un orden basado en la reciprocidad y la solidaridad, una suerte de comunidad construida sobre la base de valores comunes, más allá del interés y la competencia.

Claro que, si lo propio del mercado es que disuelve los lazos de sociabilidad y reciprocidad, socavando la idea misma de compromiso y obligaciones sociales (Stuart Hall: 2001), la pregunta que uno se hace de manera natural es cómo es posible entonces construir un verdadero “pacto social” sobre la base de una “ciudadanía patrimonial”.

En este sentido, las urbanizaciones privadas dan cuenta, de manera ejemplar, del alcance y de los efectos de la dinámica privatizadora que recorre a las sociedades contemporáneas. En un país como la Argentina el alcance de esta dinámica privatizadora es tal que podríamos parafrasear la concepción de Foucault acerca del poder y hablar de ella como un fenómeno capilar que irriga el conjunto del cuerpo social, y va diseminándose por todos sus intersticios. El carácter fluido y relacional de este proceso terminaría por rearticular sobre nuevas bases (a través de nuevas instituciones y de nuevas “tecnologías”) las relaciones sociales. De modo que los resultados en curso implicarían cambios

relevantes en el tipo de lazo social, en la concepción de lo que debe ser una “buena” sociedad y, por ende, en el modelo —real y concreto— de ciudadanía.

Es cierto que la completa inteligibilidad de este proceso debe llevarnos a indagar cuántos de sus efectos rearticuladores en términos de lazos sociales han sido ya incorporados a través de pautas de comportamiento y esquemas de pensamiento. Pero el avance de la privatización es sin duda inquietante, aunque debemos reconocer que el proceso es ciertamente desigual.

Ahora bien, en virtud de su carácter incipiente, resulta imposible sopesar de manera definitiva la totalidad de “efectos indeseados” que a largo plazo genere la implementación de estos nuevos estilos de vida. Pero, en todo caso, queremos dejar en claro que nos encontramos lejos de la mirada “comprensiva” de aquellos que consideran que la dinámica de las *gated communities* (comunidades cerradas) debe ser entendida como un modo en el cual nuestra sociedad, y especialmente, las clases medias-altas y altas, tienden a tratar “reflexivamente” la cuestión del “riesgo”.

Todo lo contrario. Un asunto que llamó nuestra atención en el transcurso de nuestra investigación fue el pragmatismo que exhibían con total naturalidad nuestros entrevistados, especialmente a la hora de realizar una primera evaluación de las consecuencias del nuevo estilo de vida. Por lo general, los beneficios u oportunidades eran evaluados en el corto plazo (la libertad, el contacto con áreas verdes, la seguridad), mientras que los nuevos riesgos (por ejemplo, respecto de la educación de los hijos y la relación con la sociedad “abierta”) aparecían diluidos en una suerte de temporalidad indefinida, esto es, en el horizonte de un inasible e impensable mediano y largo plazo.

Este diagnóstico nos llevó a considerar seriamente la hipótesis de Sennett, desarrollada en un excelente libro, *La corrosión del carácter* (2000), en donde se afirma que

cualquier pretensión de gestión reflexiva y planificada de la vida moderna se estrella contra las características que posee el nuevo modelo de acumulación flexible, cuya consigna central es, precisamente “nada a largo plazo”. Más claro, si la incertidumbre está integrada en las prácticas del capitalismo contemporáneo, entonces la inestabilidad emerge como algo normal, y no puede sino traducirse en términos de fragilidad personal y familiar.

Estas consecuencias aparecen agravadas en el caso argentino. En realidad, aquí la correspondencia entre comportamientos sociales y modelo socio-económico tuvo diferentes etapas. En principio, la frenética huída de los grupos altos y medios-altos registrada hacia *countries* y barrios privados durante la década de 1990 estuvo íntimamente asociada con la dinámica vertiginosa y radical que caracterizó la implementación del modelo neoliberal. Sin embargo, poco después comenzaron a experimentarse los efectos corrosivos de esta dinámica neoliberal en lo cotidiano, a partir de lo cual se fue tornando manifiesta la dificultad de planificar cualquier acción o estrategia a mediano o a largo plazo. El tema no es menor, pues uno podría suponer que esta lógica de acción cortoplazista perforó sobre todo el *ethos* de los “perdedores”. Como hemos dicho, aunque en niveles diferentes, el *ethos* de los “ganadores” también se ve inficionado por una visión de corto plazo, que conduce al pragmatismo y en el límite, como afirma Sennett, a la destrucción de la moral. La dinámica del modelo neoliberal es tal que éste inserta la incertidumbre y la inestabilidad en la cotidianidad y, como tal, en el extremo, convive con la amenaza permanente de un vuelco de la situación, aquella que puede venir en el próximo y no tan inesperado giro, arrojando a los individuos (y sus familias) fuera de las fronteras de “su mundo”. De manera más gráfica, para los habitantes de *countries* y barrios privados esto significa que uno puede quedar del “otro lado del muro”. Es esta sospecha de que,

pese a la brillante carrera, nada está “asegurado”; más aún, de lo “efímero” del triunfo, atraviesa y va adentrándose en la actitud pragmática de tantos de nuestros entrevistados, a la hora de evaluar el futuro y sus posibilidades de planificación reflexiva.

Así, el colapso del modelo de convertibilidad, en diciembre de 2001, actualizó algunos de estos temores, enfrentándonos a varias consecuencias. Una de ellas es el reconocimiento que, dada la fragilidad de ciertas posiciones, algunos de “los que habían ganado”, ya perdieron. Con esto queremos referirnos a algunos sectores de clase media alta profesional, muy competitiva, que optaron por los *countries* más exclusivos, pero cuyo acceso a la vida *country* fue posible gracias a los altos ingresos y no a la existencia de un importante capital económico. También incluimos a aquellos sectores de clase media profesional cuyo ingreso fue garantizado por el crédito fácil y el empleo estable.

Como ya había sucedido con otros grupos menos beneficiados de las clases medias, estos sectores se vieron afectados por la profunda recesión, y más recientemente por las restricciones económicas y financieras. Por ello, no resulta descabellado pensar que para ciertos grupos sociales el alto costo del “estilo de vida *country*” (escuelas privadas, mantenimiento de dos autos, expensas) puede tornarse, muy a mediano plazo, francamente insostenible y tengan por ello que volver a la ciudad abierta.

Pero para las clases altas y medias-altas consolidadas la opción es otra: si la vida en el *country* se torna difícil, esto tiene menos que ver con una cuestión de costos económicos que con el aumento de la inseguridad y la exacerbación del sentimiento de vulnerabilidad, en un contexto de altísima descomposición social como el que presenta la Argentina. Para ellos, la opción que se plantea no es la de dejar el *country* o el barrio privado para volver a la sociedad abierta y sus enemigos, sino la de buscar otros destinos, por

supuesto, más tranquilos y menos pavorosos del que ofrece la Argentina actual.

Para terminar: creo que las urbanizaciones privadas, en su nueva modalidad, no sólo llegaron para quedarse, sino que son un anticipo, una muestra, una suerte de ilustración de lo que vendrá: un fragmento que contiene en sí mismo su propia lógica de acción y representación, su propio universo simbólico y cultural, sus específicos espacios de sociabilidad, en fin, visto desde “los que ganaron”, sus cada vez más exacerbados miedos y sus obsesivos mecanismos de regulación. Es desde esta perspectiva que el estudio de las nuevas formas de ocupación del espacio adquiere su verdadera dimensión, pues su expansión ilustra de manera paradigmática una dinámica de fragmentación social que constituye uno de los núcleos centrales del nuevo modelo societal. ☐

Améndola, G., *La ciudad posmoderna*, Madrid, Celeste Ediciones, 1997.

—, “La visión urbanística”, en *La fragmentación física de nuestras ciudades*, Memoria del III Seminario Internacional de la Unidad Temática de Desarrollo Urbano, Malvinas Argentinas, 3 y 4 de agosto de 2000.

Blakely, E. J. y M. G. Snyder, *Fortress America: Gated Communities in the United States*, Washington, Brookings Institution Press, 1997.

Borja, J., “La visión ciudadana”, en *La fragmentación física de nuestras ciudades*, Memoria del III Seminario Internacional de la Unidad Temática de Desarrollo Urbano, Malvinas Argentinas, 3 y 4 de agosto de 2000

— y M. Castells, *Lo local y lo global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus, 1997.

Cabrales Baraja, L. y L. Canosa Zamora, “Segregación residencial y fragmentación urbana: los fraccionamientos cerrados en Guadalajara”, en *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, núm. 20, Guadalajara, 2001, pp. 223-253.

Bibliografía

Bibliografía

- Cohen, D., *Riqueza del mundo, pobreza de las naciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Donzelot, J., “La nouvelle question urbaine”, en *Esprit*, núm. 258, París, noviembre, 1999.
- Elias, N., *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Pinçon, M. y M. Pinçon-Charlot, *Sociologie de la bourgeoisie*, París, La Découverte, 2000.
- Pires Do Rio Caldeira, T., “Enclaves fortificados: a nova segregação urbana”, en *Novos Estudos*, núm. 47, marzo, 1997.
- Prevot-Schapira, M. F., “Amérique Latine: la ville fragmentée”, en *Esprit*, núm. 258, noviembre, 1999.
- , “Buenos Aires, déclin de classes moyennes, crise de l'espace public”, en Coloquio internacional, “Villes du XXI siècle. Entre villes et métropoles : rupture ou continuité ?”, La Rochelle, del 19 al 21 de octubre, 1998.
- Sassen, S., *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio, Buenos Aires*, Eudeba, 1999.
- Sennett, R., *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Stuart Hall, “Traveling the hard road to renewal”. Una conversación con S. Hall, en *Arena Journal*, núm. 8, 1997, citado en Bauman, Z. (2001).
- Simmel, G., “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad*, Barcelona, Península, 1986.
- Svampa, M., *Los que ganaron. La vida en los countries y en los barrios privados*, Buenos Aires, Biblos, 2001.
- , “Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y socialización. La integración social ‘hacia arriba’”, en varios autores, *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los ‘90*, Buenos Aires, Biblos-Universidad Nacional de General Sarmiento, 2002.